

ancora



SAN FELIU DE GUIXOLS - 19 MARZO 1959
NÚM. 573 AÑO XII

HOGAR Y ESCUELA



Hablábamos, la semana anterior, del cambio operado en la Escuela en los últimos tiempos. De como se ha transformado, de lugar penoso y desagradable que era para el niño, en centro preferente de sus expansiones. Los deberes escolares, hechos antes a regañadientes, son ahora realizados con interés y el maestro, de personaje temible que era, se ha convertido en el guía fiel y comprensivo de los niños.

Todo gracias al nuevo concepto que se tiene de la enseñanza y el ambiente de libertad que en las aulas se respira. Libertad disciplinada sujeta a un orden, desde luego, con sentido del deber a cumplir y respeto a la autoridad del maestro factores esenciales para la buena marcha de la Escuela.

Pero el niño no vive, solamente, en la Escuela. Aunque pase gran parte del día en ella, y venga a ser su segundo hogar, la familia es su conclave primordial y el más influyente. Ella es la base de su existencia, y es en su seno donde va formándose su carácter y donde ha de recibir las primeras normas de conducta hacia sus próximos conviventes y las demás personas con que ha de relacionarse fuera de ella.

Siendo así, el hogar viene a ser una segunda escuela, mejor dicho, la primera por orden natural. Hogar y escuela deben complementarse en la labor conjunta de la educación infantil.

¿Pero ocurre así en realidad? Aquella renovación saneadora y sensata efectuada en la escuela, de que hablábamos, que la ha convertido en un eficaz instrumento educativo, con bases científicas y planes estudiados, ¿puede equipararse con la escuela familiar seguidora de rutinas y prejuicios, cuando no, de falsos conceptos de mo-

dernidad, de aun peores concecuencias? ¿Están la mayoría de los padres preparados para colaborar con los maestros de las nuevas generaciones?

No hace falta meditar mucho la respuesta. Evidentemente, no. Con solo observar las reacciones de los niños ante la vida, en las incidencias de sus juegos y en sus relaciones con el prójimo, se ve claramente como la acción educadora de la escuela es insuficiente, como le falta el complemento de la educación familiar, y que ésta no coincide con las directrices de aquella. Ambas siguen derroteros distintos, cuando la familiar sigue alguno, que en muchos casos o bien es nula o, aun peor, obra negativamente, malogrando la labor de aquella.

La escuela profesional tiene por meta unos fines bien definidos y premeditados, solidamente estructurados en planes de estudios. La escuela del hogar, en cambio está muchas veces pendiente del azar, le falta una dirección consciente. Los padres, en su mayoría, desconocen los principios básicos de la educación infantil, tal como se conciben en la actualidad: Unos, porque los negocios u obligaciones laborales absorben las atenciones que deberían dedicar a la familia. Otros, como es el caso de las madres de condición modesta, porque las preocupaciones domésticas no les permiten atender el cuidado de la prole en este sentido, y la tienen que dejar al albur de sus propios caprichos e inclinaciones.

De todo ello resulta esa falta de coordinación entre la escuela y el hogar, entre el maestro y la familia. Son dos tutelas que debiendo obrar al unisono marchan a menudo en dirección divergente. El niño vive entre dos mundos de signo diferente, incluso contrario. Los pasos avanzados en el uno, son desandados en el otro. No se complementan como debieran para obtener un resultado eficaz en la misión educativa infantil que a ambas

Sintoría

Triste libertad

Hace unos días la Ciencia dictó, así parece, un veredicto que proclamó a unos pajarillos como infecciosos. El fallo se propagó enseguida a través de la radio y de la prensa para que nadie pudiera alegar ignorancia. El desencanto cundió en casi todos los hogares en que hasta aquel momento los declarados infecciosos habían hecho las delicias de chicos y grandes. La sentencia caía de plano sobre una raza exótica de pajaritos llamados vulgarmente «periquitos», los cuales serían, desde entonces, como la espada de Damocles de aquellas familias que pretendieran continuar guardándolos con ellos.

Por esto, en un santiamén, se acabaron las atenciones. Ya solamente el afán de desprenderse de tales pajaritos fué el objetivo de muchos de sus poseedores. La posibilidad del peligro estaba en la jaula, en aquel animalillo que según todos, aprendió muy pronto a repetir la palabra o palabras que se le enseñaban con paciencia.

¡Pobres animalillos! ¡Qué condición tan triste la suya, que de mimados han pasado a ser unos proscritos! Se dice que los árboles de las Ramblas barcelonesas, —estas Ramblas que no hace mucho contó tan simpáticamente el admirado escritor César Gonzales Ruano— sirven de cobijo para los «periquitos» de la ciudad condal, a los cuales les ha sido concedida la libertad. Una libertad muy triste, porque no tiene otro final que el de la pérdida de la vida.

Los hay que pasan a manos de otros dueños que de momento nada temen. Pero mientras tanto la alarma se repite. La sentencia sigue en pie, para que este hábito de esperanza de los temerarios no se acrecienta.

Los pobres «periquitos» han caído verdaderamente, en desgracia. Desgracia muy sensible para los que se sienten sentimentales.

instituciones concierne y que es la base fundamental de toda comunidad civilizada.

Subsanar ese desequilibrio es una labor de primer orden.

Xavier.